

¿Por qué me hice sacerdote?

Entrevista a padre Horacio Bojorge S.J.

Nace en Montevideo, Uruguay, como segundo hijo en el seno de una familia católica no practicante. Era el día de la fiesta de la Presentación de la Santísima Virgen en el Templo, 21 de noviembre del año de gracia de 1934. Sus padres, aunque bautizados católicos, casados por la Iglesia, y herederos de aquellas virtudes de la cultura católica que ennoblecen la vida, no concurrían a misa los domingos, ni le inculcaron esa práctica desde pequeños.

¿Cómo surge la vocación sacerdotal en usted?

En el intento de narrar la historia de mi vocación, he caído en la cuenta de que contarla entera equivale a contar la historia de mi vida. Tendré pues que limitarme a contar los comienzos de mi vocación, que es como decir, los comienzos de mi vida.

Puestos a distinguir etapas en la vocación y en la vida, diría que quiero limitarme a contar mi vida hasta que me di cuenta que el Señor me llamaba a ser sacerdote y a entrar en la Compañía de Jesús y hasta que respondí a ese llamado, obedeciendo a la voluntad del Padre que se me manifestaba. Nuestra vida es respuesta. Somos llamados a la existencia, llamados a la vida, llamados a la amistad con Dios, llamados a la fe, a la caridad, a la esperanza. . Mi vocación a la fe, que comenzó en mi bautismo con la infusión de la vida divina - y la fe virtud teologal es el comienzo de ella -, me pide, y a la vez me posibilita, el ejercicio del don recibido, que es un llamado sostenido durante todos los días de mi vida.

¿Cómo surge su primer acto de fe?

Tengo la dicha de recordar mi primer acto de fe. Está entre mis más lejanos recuerdos de la primera infancia. Tendría yo tres o cuatro años. Fue en la granja de mis abuelos, donde nuestros padres nos enviaban a pasar vacaciones en el campo. Me veo sentado en la cama, junto a mi hermano, dos años mayor, ya listos para dormir.

Mi tía María Báez nos muestra un crucifijo muy parecido al que después recibí en la Compañía de Jesús para el día de mis votos. Un Cristo de metal sobre una madera de ébano, enmarcada en metal. Mi tía María nos presenta a Jesús diciendo, según recuerdo: "Este es Jesús, el Hijo de Dios, que murió en la Cruz para salvarnos del pecado y de la muerte".

Y yo creí. Estaba bautizado. El hábito infuso de la virtud teologal de la fe me hacía capaz de creer y aún no había llegado a la edad de pecar. Así que me proclamaron el Evangelio y creí.

¿Cómo vive su infancia?

Mi infancia es contemporánea de la Guerra Civil española y de la Segunda Guerra Mundial. De niño me asomé a algunas imágenes terribles vistas en publicaciones o noticieros de cine. Pero también recuerdo la impresión que me produjo la figura serena y gigantesca de Pío XII. Es el Papa de mi niñez y juventud y de los primeros años de mi vida religiosa. Fallece cuando yo cursaba mis estudios eclesiásticos de Filosofía. Él fue la cabeza visible de esa Iglesia una, santa, católica, apostólica y romana a la que yo me sentía perteneciente.

También mi vinculación interior con el Papa, con ese Papa, fue una gracia de fe. Aunque no tengo un claro recuerdo de mi primer acto de fe en el sucesor de

Pedro y el Vicario de Cristo, me parece que lo amé desde siempre, que lo admiré desde algún momento inicial y que está allí, sin duda, en los cimientos de mi vida de fe, aunque esté oculto en las brumas del olvido.

¿Cómo vive su apostolado?

El Apostolado! Era la ocasión de alegrarse con la aceptación, la ocasión de tratar de ganarse a los vacilantes y la ocasión de aguantarse el rechazo. El apostolado era ocasión de apologética. Allí se me ponía dolorosamente de manifiesto mi impreparación y mi ignorancia, cuando no lograba dar razones para defender lo que amaba; cuando carecía de información histórica para refutar las leyendas negras. Allí se justificaba la necesidad de las reuniones de formación y estudio. Fue por entonces cuando adquirí, en una librería de viejo, a un precio que me pareció irrisorio para tan precioso tesoro, mi ejemplar de La Religión demostrada, de Hillaire. Ese fue mi verdadero catecismo, mi arsenal de respuestas. La mayor parte de lo que aprendí acerca de mi fe, lo aprendí en ese libro como aprendiz de apologista. Mis conocimientos fueron creciendo en la defensa de lo que amaba. Mi fe se ilustró defendiéndola.

¿Por qué la Compañía de Jesús?

Ingresé en el Noviciado de la Compañía de Jesús en Montevideo, un 11 de marzo de 1953. Un día de otoño de sol dulce y luminoso, de aire quieto, como son los días del hermoso otoño uruguayo. Fui el primero de mi grupo en golpear a la puerta del viejo noviciado. Puerta que ya no existe, pero estaba entonces flanqueada de jazmines en flor. Fui el primero al que le abrió la puerta el anciano hermano portero Tapiol. Luego fueron llegando, al paso de las horas, los demás compañeros de aquél grupo

de seis. De ellos, dos se fueron durante el noviciado, otro después de años de formación, a otro lo llamaron al Padre siendo ya sacerdote pero joven, y dos hemos quedado hasta hoy en la Compañía de Jesús.

Por: María Velázquez Dorantes \ mvdorantes@yahoo.com.mx